



La Federación de Hermandades y
Cofradías de la Ciudad de Huéscar

**PREGÓN DE
SEMANA SANTA
DE HUÉSCAR**

A cargo de:
Don *Francisco Javier*
Marín Gallego



Francisco Javier Marín Gallego
2011

PREGÓN SEMANA SANTA HUÉSCAR 2023

Siempre es la misma canción, el mismo teatro, en el que tantas veces nos deleitamos. Con el permiso de las sublimes manifestaciones precedentes, la Semana Santa es y seguirá siendo un secreto vaporoso que no cesará de despertar la curiosidad de los oscenses.

Nuevamente está a punto de consumarse este sueño tan real. Quizás Huéscar, tras el hielo negro invernal saborea, sin perder la medida, una nueva mañana de luz que hace resplandecer sus piedras gloriosas, impregnadas por siglos de fe y sangre derramada por amor sincero al Amor de los amores.

Como Nunilón y Alodía que visten de blanco y palma martirial, dibujando dulcemente tus calles enaltecidas, donde habitan hombres tibios, que no deben olvidar que Tú te fijaste en ellos, los llamaste por su nombre, te presentaste en el templo, nos partiste el pan de vida, inmolándote cada día en el altar, esparciendo tu alma en generaciones y generaciones de oscenses que extienden sus alas cual pechos fieles...

Cuando paseo por tus calles y plazas contemplo la historia que te dio forma, eres piedra viva, jardines con lirios y sin abrojos, luz soberana de un largo amanecer que se engalana pasada la cuaresma para conmemorar la pasión, muerte y resurrección del Señor, siempre de la mejor manera posible, siempre con elegancia.

Son días de amor fraterno, vividos en la parroquia, la hermandad y, por supuesto, en familia, pero también en la calle con todos los amigos que esos días se desplazan a esta acogedora ciudad de la paz, porque aquí se representa con mayor acierto "lo oscense", sea eso lo que sea, o por lo menos sus costumbres y licencias.

Y, aunque seguimos amándote, cometemos la imprudencia de siempre, cual torpeza adolescente. Y en esta nueva Cuaresma te decimos pausadamente ¡que volvemos a quererte!, como niños que lamentan la travesura de su inconstancia y se asientan en tu regazo, como la nieve en lo alto de la Sagra, pues somos la sombra y Tú la luz que derrite nuestra miseria. Tú eres camino, verdad y vida. Eres luz, fe, incienso y tradición, eres Huéscar.

Buenas tardes a todos, Ilmo. Sr. Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de esta noble y leal ciudad de Huéscar, don Ramón Martínez, y Sres. Miembros de la Excma. Corporación Municipal. Reverendo Sr. Cura Párroco de Santa María la Mayor, don José Antonio Martínez Ramírez. Federación de cofradías, presidente, don Rafael Girón Sancho, y Sres. Hermanos Mayores de las HH y CC de Huéscar, oscenses todos, así como cofrades y devotos de nuestra Semana Santa que nos acompañáis en esta presentación.

Deseo empezar este acto con palabras de sincera y profunda gratitud. Gracias, querido Rafa, me honras con este atril que, aunque inmerecido, correspondo de corazón. Gracias José Antonio por tu amistad y tus atenciones, tanto a mí, como a mi familia; especialmente guardo en el recuerdo las muestras de afecto hacia mi padre. Tengo tanto que agradecer no puedo olvidarme tampoco de mi amigo Jesús Licerán, que tanto ha confiado en mí durante estos años en los que hemos trabajado juntos. Gracias también a mi estimado Antonio Ros, por facilitarme

toda la documentación requerida, con tanta celeridad. Agradecido, asimismo, a nuestra Banda Municipal de música por su impagable labor en divulgar la rica herencia musical oscense.

Y, de manera especial, quiero traer al recuerdo a dos oscenses ilustres que ahora nos escuchan desde el cielo, a los que quiero agradecer su valioso legado documental, gracias al cual he dado forma a este escrito. El primero de ellos es oscense de nacimiento, mi querido tío Don José García Soler. Y el segundo, un oscense de vocación, el maestro Don Gonzalo Pulido Castillo, cuyos versos engalanan este pregón que nos ocupa.

Gracias a todos de corazón por arroparme en esta tarde en la que trataré de describir la Semana Santa desde mis vivencias, recuerdos y desde el cariño que siento por esta mi tierra y sus vecinos, gracias por dejarme anunciar nuestra hermosa Semana Santa Oscense.

Tengo que hablar de lo que nos impaciente...que poco falta. Quiero hablar de lo tangible y espiritual, de lo que nos hace recapacitar y nos apena, de lo indómito y lo soñado, de lo propio y lo extraño. Huéscar es merecedora de todos los parabienes y felicitaciones, tanto por su forma de vivir la Semana Santa...y otras tradiciones centenarias, así como por la acogida y hospitalidad que dan sus gentes, a todos los que vienen a disfrutar de nuestras costumbres y de la fe popular manifestada en nuestras calles, engalanadas ahora por el color de sus hermandades de penitencia, que primorosamente trabajan durante todo un año para la Pasión y Muerte de Nuestro Señor y la proclamación jubilosa de su Santa y Gloriosa Resurrección.

Es Huéscar, una bella ciudad de alegre expresión, donde los paseos son giros, el hielo es negro, cambiamos abrojos por lirios, cantamos a la noche triste y nos encontramos en la piedra del letrero. Aquí el pueblo exalta y las trompetas lloran, la parroquia mayor define tradiciones y otorga bendiciones a este pueblo peregrino que revela la buena noticia y canturrea a la feliz criatura.

Huéscar, tus vecinos valientes soportaron que siglos atrás te doblegaran en frontera con el Reino Nazarí de Granada. Con la venida de los Reyes Católicos pasaste a los dominios del impopular Conde de Lerín para después ser primada de la casa de Alba. Tierra de valor que incluso amenazó a daneses con una guerra incruenta. Por estos avatares y muchos más tus raíces son profundas, siglos de manifestación cultural, de fe y devoción a Jesús Sacramentado y a sus hijas Alodía y Nunilón, santas protectoras de esta noble y leal ciudad.

Toda esta antropología Sagrada configura nuestro origen, no olvidemos que cuatro siglos atrás se fundaron hermandades que perviven hasta nuestros días estableciendo un encuentro místico del ayer y del mañana. Así, la Semana Santa está en nuestras manos, como un tesoro cultural que dinamiza nuestro sentir, nuestro día a día, el presente que construimos entre todos y que, por ello, todos debemos valorar y proteger.

Faltan tan solo unos días para la excelencia que supone dar comienzo, un año más, a este escenario de grandezas, la tradición de nuestros mayores, nuestra semana grande: la Semana Santa Oscense. Queda, qué poco queda... mientras yo contemplo mi vida transcurrir como un canto en el atronador silencio de Matallana, donde la mansedumbre de la arcilla modela el latido de un suspiro, de una voluta, de una exaltación. Y así fuimos caminando, cual costalero que avanza lento, pero siempre de frente, dejándose guiar por las indicaciones del capataz eterno. Pero lo revelador es que Tú permanecías en tus cosas y yo, asimismo, en las

tuyas. Además, nunca me dejaste solo, pues pusiste en mi camino ¡almas tan grandes cual secuoyas de la Losa!

Desde hace tiempo permanezco vinculado a las Hermandades y Cofradías de nuestro pueblo. Las Hermandades las integramos amigos, devotos... Son en definitiva grandes familias, unidas en torno a una misma fe. Son, igualmente, manifestación de la piedad popular y, del mismo modo, un instrumento de evangelización tan esencial en nuestros días para hablarle al mundo de Ti, Jesús Nazareno.

Quizás fue entonces cuando me hiciste consciente de que ya nada tendría sentido sin ti, sin el esfuerzo que supone seguirte por los caminos de Parpacén a Marmolance, del Humilladero a la Bolteruela. Porque con el divino consuelo de tu mirada podemos alcanzar las metas soñadas en el amanecer de esta vida.

¡Solo faltan unos días!
para que surja la nostalgia.
Sentimos un inmenso júbilo,
tras la natividad de Cristo,
con fuegos, nos recordaba San Antón
que hay que avivar la fe,
porque Cristo es luz,
y su Madre de la Cabeza y Candelaria,
venida desde Marmolance,
bendice a los pequeños oscenses.

Con este nuevo renacimiento que supone el florecer del almendro advertimos al infame Plutón liberar a la bella Proserpina, que asciende para abrazar a su madre Ceres. Comienza así la primavera, que se me antoja como una joven alegre, guiada por el sol, que hace prosperar los campos a su paso, buscando la noche, de la primera luna llena, en la que el inocente Hijo del Hombre hará Nuevas Todas las Cosas.

Ya se escucha el Silencio
de un pueblo que reza
ante un Vía Crucis errante,
humean aún los pábilos
de acólitos parroquiales.
Y ya se exponen con celos
altares magistrales,
cual efímera muestra de cariño a raudales.

¡Huéscar! Es misa de palmas y esparto bendito, Getsemaní orante de soledades; sogas indignas que en la Aurora te amarran a esa columna pretoriana. Tortuosa Alhóndiga para cargar la Cruz, símbolo de la fe cristiana, en el Gólgota oscense Te advertimos crucificado y exaltado por la antigua calle de Baza, para morir después cada Viernes Santo a la hora nona, siendo más tarde depositado en el sepulcro a los pies de su Colegiata renacentista.

Desde la atarazana se perciben sutiles aromas de incienso, pues comienza un quinario en una pequeña ermita, que es mesura de un joyero para una Madre, donde nos espera y cobija bajo su manto de estrellas dominicas, con trazos de Jaime Dengra, versos de Pulido Castillo, costales de Bugella... ¡feligreses de la paz!

Y, mientras, la bella Iglesia de Santiago permanece adormecida, soñando con el regreso de su Cristo Expirante, un manto verde se engalana para ancestrales novenas de resignación cristiana. En la calle Alhóndiga resuenan tambores y cornetas, que yo escucho emocionado bajo el dintel de una sastrería, ¡que en calle Tiendas residía y ahora desde el cielo me guía!

Y a Santa María iremos para adorar a Jesús Sacramentado. A tratarle de tú, pues Él nos llama amigos. Eres, Jesús Nazareno, la última esperanza para quienes han llenado su vida de quimeras triviales y mundanas. Están ahí, a la vuelta de la esquina, sociedad olvidadiza que ignora al necesitado de la puerta de al lado, porque sólo pensamos en la metafísica digital. Sin duda son tiempos impetuosos y polarizados los que vivimos, ocupados en crear nuevas construcciones humanas, dejando al margen lo natural y primigenio.

¡Por eso, desde este atril me dirijo a los Cofrades, implorando continuar siempre de frente y coherentes con la Verdad! La verdad de esa palabra tuya Señor del Consuelo, que nos habla de amor, pero ¿qué mayor amor puede haber hoy que habitar en paz? Parece mentira lo que está ocurriendo en Ucrania, Siria... y tantas otras infamias. Mencionemos a aquellos que han tenido que dejar su tierra, su casa, amenazados por el odio hermético del totalitarismo contemporáneo que nos acecha, del pensamiento único que nos persigue y excluye, aún con el dolor en el pecho por el asesinato de Diego, ese humilde sacristán algecireño que derramó su sangre, como tantos cristianos por defender su fe. Son tiempos muy convulsos de tempestades.

Si levantamos la vista al cielo te veremos a Ti, Jesús orante, sufriendo junto a nosotros, con la mirada y el corazón puestos en el Padre Eterno y las manos maniatadas que abrazan la columna de esta flagelación, que nos golpea sin cesar.

Soñemos hermanos con la paz, soñemos con la aurora de tu mirada cuando se desdibuja el día, tras el ventanal de las cosas. Porque, cuando se deja de creer en Dios, enseguida se cree en cualquier cosa. Pues sabemos que aquellos que abandonan la tradición de la Verdad no escapan hacia algo llamado libertad, no. Sólo escapan hacia otra cosa que podemos llamar moda, afirmaba Chesterton.

Tal es así, Señor, que después de dos mil años, la historia se repite y esta sociedad continúa aclamando a Barrabás. Como héroes que se han quitado el pasamontañas, pero siguen con las manos manchadas de sangre, como acólitos del egoísmo y la destrucción. Por ello insisto en que la vía dolorosa sigue ahí para todos nosotros, permanezcamos al amparo de este sinuoso camino de sentires, pues nos lleva irremediabilmente ante Ti, ¡Cristo de los Milagros!

Nos alentaba recientemente nuestro querido Benedicto XVI diciendo: “No tengáis miedo ni del mundo, ni del futuro, ni de vuestra debilidad. El Señor os ha permitido vivir este momento de la historia para que, por vuestra fe, su nombre siga resonando en todo el mundo”.

Afloremos estos días a nuestras calles como el penitente y el nazareno, que son, sin duda, una lamentación esplendorosa que enmiendan penas de cera y expiaciones de un error. Igual que cada primavera retorna el paisaje, con nuevo manto de esperanza, vuelve el arrepentido a abrir senderos hacia el Consuelo Divino. Aunque en ocasiones nos resulte un camino exigente, áspero y difícil de seguir, siempre será mejor caminar por tus sendas que volar fuera de ellas.

Oh, Jesús Nazareno, para ir contigo siempre y poder rozar levemente el borde de esa túnica bordada por dominicas manos angelicales, que nos sanará irradiando tu gran poder, como aquella mujer enferma que sanó al momento. Basta que tengáis fe.

Oh, Consuelo Divino, soplo de Fe y de perdón sincero de los que aquí estamos que, avergonzados, te mostramos nuestras cicatrices flageladas. Ajadas como sueños abandonados, temblorosos, como mi discurso suplicante se derrama, en el suave atardecer de un rosario de veredas que confluyen en carrera oficial.

"Huéscar se mira en el cristal del cielo,
grande y azul lo mismo que su alma,
para buscar la sombra de una estrella
o un sueño que murió de madrugada."¹

(Me vuelvo a recrear en los versos del maestro Don Gonzalo Pulido en este pregón "Huéscar, rosa del sur")

Saboreando previamente un Jueves Lardero de tortas fritas y chocolate, con que nuestros amigos de Cáritas nos agasajan cada año, nos adentramos en un momento de reflexión, que nos llama a reconciliarnos y a volver a Dios. Tiempo cuaresmal de ayuno, limosna y oración para nuestra mejora interior, compartiendo alegrías y socavando nuestra vanidad.

Cuaresma, tiempo de conversión, de nervios en la joven mirada, de torrijas que aparecen tras los cristales de la pastelería del Pilar, mientras a lo lejos atisbamos un costero corriente ensayar, cuando ayudas a un compañero a preparar el costal y las mantillas salen de sus cajas, para una peineta engalanar. Vuelve Jesús Nazareno a las calles a proclamar: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (San Juan 14, 1-12).

Apocada doña Cuaresma, llegaremos al Viernes de Dolores, para al fin acariciar la semana de pasión. Que en Huéscar comienza de salzillescas maneras: en una noche triste, extienden sus alas centenares de devotas mantillas que arropan a la más humana de las Madres, ¡pues llora desconsolada, con el cielo reflejado en su mirada!

Deshojando una oración por tu pena y por la mía. Prontamente nuestra Madre de los Dolores, la del luto en la mirada, con su pálido rostro angustiado, por la humana iniquidad, abraza la voluntad del Padre para aceptarla sin más, como esa punzante daga de amor encendido, hermandad maestra y excelente cruz de guía, para este sucesivo cortejo de cofradías de almas valerosas.

Almas blancas, como serafines de voces blancas. Dejad, «dejad que los niños se acerquen a mí» (San Marcos 10,13-16), exclamó la Divina Misericordia, que triunfa entre querubines al son de campanas bizcochadas, pues parecen salidas de nuestra querida escuela de arte que hoy permanece enlutada en el recuerdo por Luis. Cofrade singular, amigo de alma

blanca, sima de capataz ejemplar, que al Sagrario te iba a visitar y a tu vera, Señor, le hiciste llamar.

¡Y una rama de olivo nos trae la paz, en manos de María Santísima, que continúa fiel a su Misión de Nazaret en la que María nos llama a la gloria siguiendo el caminar de su Hijo! Y Huéscar lo hace saber, y se rinde ante Dios misericordioso esta bella y noble ciudad que supo batallar durante siglos contra todo ejemplo de malhechores y declaró valientemente contra los daneses una guerra en la que no hubo derramamiento de sangre. Por eso, esta es la ciudad de la paz, siguiendo el ejemplo de María, con su cara de azucena. A la Gloria, ¡a la Gloria y a Jesús llegaremos por María! Nuestra Madre soberana, ¿acaso no lo estáis viendo? Recordemos que el Evangelio nos enseña a amar al prójimo y a amar a nuestros enemigos aunque, en ocasiones, se trate de la misma gente.

La juventud está con Cristo. ¡La sangre nueva no olvida su destino divino! Decía acertadamente Don Gonzalo Pulido que el Domingo de Ramos no parece en Huéscar un día de Semana Santa pues las melodías de la Banda de Música ponen una nota alegre sobre la tristeza intuida. Ese día volveremos a ver las calles oscenses con palmas gracias al esmero de la centenaria hermandad del Santísimo, que dispone celosamente ¡palmas y palmitos jubilosos! desde el extinto convento dominico de la Madre de Dios de la Encarnación. Se arremolinan en la placeta de la Beata Sor San José cientos de oscenses con sus mejores estrenos, ¡para agasajarte Señor en tu entrada en Jerusalén!

¡Huéscar!, sal a la calle, que llega el Hijo de Dios entre palmas y olivos. Así te encontraremos a lo lejos, por la antigua carretera de Barroeta, donde un hervidero de palmas asciende por un paseo de piedras y cera hasta la plaza mayor, en busca de una Colegiata plagada de fieles que cantan al unísono: “Hosanna al Hijo de David”. Pues “...no hay un ser que no cante en su idioma hasta el cielo elevando su frente en concierto armonioso y potente, un hosanna..., un hosanna al Creador Eternal”. 2

Es un nuevo Domingo de Ramos, donde ilusionados salimos a tu encuentro, Señor de la Oración, para llevarte allá donde sucumben los que no están preparados para el frío mundo de los impávidos, a los aledaños donde habitan los que temen encontrarse con tu Verdad. Huéscar tiene inciensos de ciudad apasionada y, en estos días grandes, sabe vestirse con ropaje de celebración.

Nada permanece indiferente al atajo de sus cosas, así Huéscar se convierte de nuevo en esa vía dolorosa, como un cerezo que florece con esta nueva primavera, para representar en sus calles oscilantes, sentencias injustas, a un hombre inocente y flagelado, coronado rey de un pueblo que lo niega tres veces y tres veces se levanta, para abrazar nuestros pecados que agarra en forma de una cruz que después será exaltada. Y, en la distinguida oscuridad del calvario, a un sepulcro fue trasladado, mientras su madre del Mayor Dolor resulta herida por un puñal que mira al cielo, como Simeón profetizó.

Con sus manos entrelazadas, por antiguas soledades, cada Martes Santo será sublime, por unos pies descalzos, de mansedumbre penitente, de cadenas arrastradas, tras su hijo expirante. Los llaman descalzos, pues que tenga aquí voz la noche, por cada túnica negra y pura, la noche igualmente ennegrecida. Se percibe un dolor íntimo y recogido por cuerdas de esparto,

subiendo a Santa María mientras la conciencia se examina y el sacerdote los absuelve de sus faltas cometidas.

Benditos los pies que buscan
a Cristo por el sendero,
las piedras y las espinas
nunca podrán detenerlos,
y cuando ya estén cansados
del camino polvoriento
y del dolor de estar solos,
Dios mismo saldrá a su encuentro. 3

El Miércoles Santo lo recuerdo como un día en el que el sol quiere abrirse paso entre las nubes para disfrutar de un palio verde con alegre andar entre el frío oscense que inunda las calles. Nuestra Madre nos pide confiar con toda esperanza, pues Dios va a disponer todo. El Salvador sabe lo que nos conviene a cada momento, fiémonos como su bendita Madre María. Luego la desesperación es la falta de confianza en Dios, es como vivir huérfanos de Él. Sabed bien que para descubrirlo a Él, hay que ser obedientes a su ley.

Así, bajo las bóvedas de Santa María se prepara un cortejo obediente de nazarenos, con túnicas brillantes de raso, amarillo fuego y morada cuaresma, que traerán al pueblo la Esperanza de una madre soberana, que tras el arco estrecho de la fe. ¡Llama a las puertas de Santiago para que abran!, pues demasiado tiempo permaneció cerrada nuestra primigenia parroquia toledana, que en calle Alhóndiga fue erigida y por el ducado de Alba sufragada, ahora la sede accitana parece olvidar, la trascendencia de este templo de belleza sin igual.

¡No desesperes, Santiago!, que pronto abrirán tus puertas solemnes de herraje medieval, con sillares erosionados por siglos de oración, y tus campanas piadosas voltearán por una Madre emocionada de verde esperanza y manto de galanes pistolas bordadas que sorprenden al foráneo.

Por la calle, a lo lejos,
la Esperanza se pierde,
pero queda en las almas
su señal para siempre. 4

Triduo Sacro, Jueves Santo. La historia se acelera. ¡Impaciente está Dios por nuestra salvación, que en pocos días quiere lavar siglos de pecado humano! Comenzando el triduo pascual llegamos a un nuevo Jueves Santo, día ajetreado en casa...que llega la familia: tomad un dulce que hizo la abuela y una copita de licor café o mistela. Pero, pasad, pasad, que estamos preparando las túnicas, planchando las capas. ¡Niño! pruébate el capirote y deja de jugar, que es la noche de los misterios y pronto las calles se llenarán de oscenses y visitantes esperando ver llegar, por la calle San Francisco, al Cristo guía de San Juan.

¡Santo Cristo de los Muertos, que tantas almas llevaste al Padre! Custodia a tus nazarenos, como San Juan hace cada Aurora con su Madre, para acompañar a Jesús flagelado, por judíos y romanos de odio imperante. En esa noche misteriosa, de luz pálida y humeante incienso, tu placeta se transforma en el pretorio romano, en cuya columna fue el Hijo del Hombre, amarrado vilmente, azotado y humillado bajo la ley del imperio invasor.

¡Oh Señor, quién pudiera detener en el aire
la cuerda que enarbola ese odioso sayón! 5

Gracias, Jesús flagelado, por ser la Verdad. Te pido que nos indiques cual es nuestra verdad, para que a tu luz podamos vernos tal cual somos: oscenses amados del Padre. Y Tu capilla...que tiene una puerta, con esa rejilla a tu gloria, esa ermita concurrida, que es más grande por dentro que por fuera, allí toma San Juan a su Madre de la mano, pues así es como se aprenden las cosas en esta vida.

¡Si bien tu nombre es Aurora, a la noche caminas buscando el aire de la sombra! Se acerca ya la fecha, lo noto en la mirada de San Juan, lo dice el aire de la Sagra. Obsérvenlo, San Juan está soñando admirado, monumento a la grandeza, hermosas son tus vistas, entrecejos de alborada, sollozando el embelesado, ¡Bendita sea tú pureza, Aurora!

Cortejo alegre de capas y chiquillos, quien sabe más de ti Magdalena que un horquillero sanjuanero. Eres de nobleza samaritana. ¡Si tu hermoso Cristo atado difundió tu nobleza, al presente me dirijo a ti, Magdalena! Porque siento la inmodestia, me imbuje y me inquieta, pues ¡con tu andar se emocionan balcones y ventanas!

Con la cabellera al viento
Magdalena sonreía
bajo el sol del mediodía.
Jesús la miró un momento.
Y el corazón pecador
de la mujer de la vida
se hizo rosa arrepentida
para el verdadero amor. 6

El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta...afirmaba el apóstol de los gentiles. Con anterioridad, allá por los olivares de la carretera de Castelléjar, surge un nuevo Getsemaní, que se adentra valiente desde su pacífica barriada. Vemos que por Morote avanza...y por Comercio se aleja ese Dios arrodillado en una roca. Va mecido de costero a costero, con elegancia, por mujeres decididas a que su Cristo moreno, con oro y sedas ataviado, sea confortado por un ángel que desde el cielo ha bajado. Y tus apóstoles, Señor, tibios aún en la fe, no son capaces de entender la importancia trascendental del momento. Déjame que te acompañe, Señor, intentaré no sucumbir ante el sueño de esta noche, quiero ver tu rostro más de cerca, limpiar tus lágrimas, que son un manantial de misericordia divina para nuestras almas, ¡no siempre arrepentidas!

Oh, Dios, que oras en agonía, en un huerto de soledades, por el abandono de tus amigos, eres Dios manso y humilde que, ante tantas preguntas, afirmaste categóricamente: "yo soy".

Huele a romero el aire
y a flores de pasión.
Bajo grises olivos
se angustia el Redentor.
El ángel que le ofrece
el cáliz del dolor,
enjuga entristecido
su sangriento sudor.
El mundo está en tinieblas,
la luna, sin fulgor,
los amigos, dormidos,
el arroyo, sin voz,
los clavos, preparados,
y, Cristo, en oración. 7

¡Porque rezar por otro es amarle a escondidas! Afectuosamente, sin ser visto, sin aplausos, eso es fortalecer al otro y abrazarlo fraternalmente. Auméntanos la fe, Señor de la Oración, te requerían tus discípulos, que permanecían admirados por tu grandeza. Pero nuestra fe era menor que un grano de mostaza y nos dejamos llevar por el camino fácil, de lo inmediato, ¡lo vulgar!. Pues, cuando Pilatos nos dio a elegir entre un prosaico ladrón y Tu Inmaculado Corazón, elegimos perversamente y te mandaron crucificar con ignominia.

¡Barriada de la paz, el barrio que tú deseas, sientes y amas! Enamora el alma, pues quiero poner mi mano en tus heridas, pero no cómo el incrédulo discípulo, sino para frenar el derramamiento de una sangre inocente y sentir Tu pálida piel hecha Eucaristía. Permíteme, Señor, que apoye mi rostro a los pies de tu Cruz redentora. Quisiera apaciguar tu dolor, que es el nuestro, ¡y permanecer a tu lado mientras eres exaltado al cielo! Santo Cristo del Consuelo, recibe en tu gloria a tu siervo don Francisco Lorén, que tanto bien hizo en estas tierras y sus gentes. "Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha". Cuánto amor derramó este sacerdote por sus feligreses, a los que siempre trataba de afables maneras y con buen humor.

Por eso quiso llevar Tu Consuelo a los oscenses cada Jueves Santo y, gracias en parte a él, eres mi Fe y mi socorro décadas después. Continúas enterneciendo a devotos que se acercan hasta tu ermita para verte junto a Dimas que por ti fue canonizado. Y detrás del romano a caballo hay una novena trabajadera, de ese misterio valiente, y un zagal que se agarra a la pata, mientras por fuera del paso su gente te envuelve. Consuelo, eres tan grande que, aunque agonizas, no mueres. Tu gran amor no te deja morir. Irradias alivio por doquier, Santo Cristo del Consuelo, que alentaste el movimiento costalero oscense. Tus humanos portadores, de valeroso y decidido andar, van marcando izquierdos, siempre con premisas de Carrascas, asistiendo a Recaredo trotar, elegancias de tus cuarenta y cinco valientes bajo el costal que traen un bello paso de canasto bastetano y respiradero ursanense, capitaneado por Carlos y Javier a la tornada, y el listero Julián con sus necesarias arengas, equipo auxiliado en la contraguía por Carrascas padre,

de implacable garbo, y el que les habla, que asisten de la mejor manera posible a estas cuadrillas Soledanas!

Dulce Cristo moribundo,
¡qué hermoso nombre te han puesto!
En las penas de la vida
tú serás nuestro consuelo. 8

Retahíla de lamentos, rosario de quimeras, las atenciones de tus vecinos me parecen que sucumbieran en una paz duradera, ¡pues sólo puede ocurrir en Huéscar que una guerra benigna sucediera!

El gentío
siente al ver al Nazareno
un profundo escalofrío.
Camino del sufrimiento
Cristo pasa. Es primavera.
Tras la angustia de la muerte
la vida late y espera. 9

Y cada Viernes Santo Huéscar se forja en nueva calzada romana, que un elegante Nazareno, con túnica bordada de cola y barroca cabellera al viento, atraviesa decidido la puerta estrecha de la muralla de la ciudad, caminando hacia un calvario donde todo será consumado, en esa bendita hora de la Misericordia. Padre del cielo que me invitas a quererte, ¡míralo!, penando viene.

Al escuchar el desgarrar de una corneta, por la acera de los Guerrero flaqueaste para caer. Caíste por nuestra obstinación hacia la imperfección, pero tu amor es más fuerte y de nuevo abrazaste la cruz. Para caer por segunda vez, por nuestros desagrazos a tu persona y, sin pensarlo, tu amor sobrepuso la caridad al desprecio y, auxiliado por el Cirineo, seguiste por la calle de la amargura hacia el Gólgota, volviendo a caer por tercera vez, para dejar a tu amor actuar generosamente, como lo hará, hasta setenta veces siete, con la única intención de llevar las almas ante el Padre Eterno.

Porque tu soberano amor es paciente, es servicial; tú amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad.

Si en un pedazo de tela
tu dulce faz se imprimió,
¿por qué no sella tu eterna
voluntad mi corazón? 10

Eres potestad, pero igualmente Amor; Divinidad, pero misericordia; Dolor, pero estoicismo, de un Dios hecho Hombre, que nos otorga cada Viernes Santo una lección de vida en la plaza Mayor de Huéscar. Dios-Hombre de planta esbelta y de talante bizarro acarrea su

Cruz. Mientras lo acompaña su pueblo oscense, un torbellino acompasado y vehemente que lo corteja hasta su última caída. Una multitud de personas animosas que lo buscan tras los pasos del discípulo amado San Juan Evangelista. Hermandad de porte vistoso por sus andares populares y su irresistible personalidad.

Distinguiremos, entre el gentío, a la mujer Verónica, humilde y torera, piadosa y ejemplarizante en su actitud, para limpiar tu Santo Rostro extenuado por las Caídas. Observé en ti, Verónica, que mostrabas signos de pesadumbre en tu expresión y que entornabas levemente los párpados por pretender socorrer más a tú Señor.

Magdalena, santa mujer, llevada con maestría por horquilleros que Montalvo guía al son de campanas plateadas y elegantes maneras de veterana cofradía. Con séquito alegre y jovial, de túnica inmaculada, capa escarlata y águila heráldica que anuncia la buena noticia.

Continuaste, Señor, por modernista fachada de formas sinuosas y espesos árboles profundos con raíces empedradas, hasta que tu Santo Cuerpo, Cristo de la Expiración, sucumbió, pues no toleró más el inhumano tormento y expiraste, Señor...en la rigidez de ese leñoso madero, inclinaste la cabeza por la gubia de Sánchez Mesa y periciste en el paseo de Santo Cristo, escoltado por faroles de plata y cera, con cantoneras labradas por la oración de tus devotos; que al Cristo de Santiago hablan, rezan, ríen y también lloran, cuando sienten que su padre, ya no está en esta tierra y mi corazón se subleva, ¡pues va buscando la gloria!

Cuida, Señor, de tu hijo Pepe, pues quisiste que naciera a tu vera, en aquella sombría calle Santiago y en tu barrio de Alhóndiga y Tiendas creciera, que a tu misa de once acudía, porque te sentía más suyo que nadie, eres su Cristo de los adentros, ese Dios grande y cotidiano, el propio Dios al que entregó su alma, cuando su cabello de plata peinaba, fue una triste madrugada de cuaresma, en la morada de San Jaime quedaba. ¡Porque San Jaime es también Santiago! y allí quitaste su cruz Señor, para que entrase con fuerza en la gloria, ¡Lo llamaste por su nombre!, ¡Pepe, que se acabe así tu desconsuelo y ahora vente conmigo al cielo!

Con la piadosa ayuda de unos santos varones, tu bendita Madre pudo abrazarte, para aliviar el duelo de este magno sacrificio. ¡A la Virgen de la Piedad, se le está muriendo un hijo! y a los pies de un verde madero lloras, no te sientas afligida, Madre, pues estamos aquí todos aquellos que construimos calvarios diferentes cada día, aquí estamos, Piedad de Nuestra Señora, lidiando contra el descaro del mundo y esperando aprender los preceptos de Aquél cuyo costado fue traspasado, floreciendo de su Sagrado Corazón Sangre y Agua como primicia de piedad, para nuestro pueblo cada Viernes Santo. Pueblo que saltó las murallas de Alhóndiga, porque dentro ya no había tanto amor.

Piedad para las voces que piden esperanza,
piedad para los sueños que nunca se han cumplido,
para la primavera que asoma en lontananza,
y para los recuerdos que huyeron al olvido. 11

Dios ya está dispuesto, llamando a las puertezuelas del alma, lo dicen los abrojos de las eras, el jagua de Fuencaiente clama!, la Encantada se asoma por San Clemente, las manos de

San Juan señalan, el arca de la alianza, tres cruces Descalzas del Padrenuestro, en el calvario se alzan.

Lo vimos por calle mayor amortajado entre cuatro hachones, tras una urna de caoba, cristal y oro, a ese Cristo Yacente que avanza dulcemente, advertido por tambores de municipal banda, de Alonso Soler apoderada. Sones clásicos que retumban en el pecho, vemos pasar a Cristo, bajo un velo de recuerdos. Gracias, Cristo Yacente, ¡por ser la vida! Sólo en Ti podemos encontrar nuestra felicidad, nuestra plenitud... nuestra verdadera vida.

¿Qué es la vida sin Ti, sino morir mil veces? Tú has venido para darnos la genuina vida de hijos de Dios. No permitas que la malgastemos, Señor. Y obtén ahora, la devoción de los oscenses, ¡si la deseas prontamente! Cristo pasa y pasa nuestra vida y familia junto a Él. Como tu elegante cortejo nazareno, cubiertos de enlutada túnica y capillo, con granate capa y cirios para iluminarte, en esta noche triste, Señor. Pues una obra de tan profundo valor, no es sólo lo que es, sino la historia de los efectos que provoca en todo aquel que la contempla, como un espejo mágico que nos devuelve a lo largo del tiempo nuestra cambiante imagen.

Distinguimos bien la mirada de esos ojos que ahora permanecen cerrados, bajo esa urna sepulcral, pues son los mismos ojos del Señor Flagelado, del que Rezó en el Huerto, los de Jesús Nazareno o el Cristo del Consuelo, pues la mirada de esos ojos compasivos es lo primero que vemos al llegar a casa cada día...en un hijo, una madre...un padre. En tu fuerza yo creo, pues eres Evangelio del pueblo, lágrimas del amor primero, ¡señorío mayúsculo y prudente!, oraciones de abuela que me conmueven. ¡Huéscar! cuando la sombra inunda tus rincones, oigo el latir de antiguos corazones.

Mientras, en el cielo...deslumbran fanales de este atardecer, se disipa la palabra pretérita de la luna llena de abril. Bajo un palio de encaje y malla, con desenvuelta agitación, está el Dolor de una Madre con lágrimas de redención, que camina por Tribuna buscando al creador que descansa ya en el trascoro, pues Cristo vence con amor, Cristo impera glorioso, ¡Cristo reina ya sin dolor!

Cristo ha muerto. Sus amigos
lo han bajado del madero.
Con el corazón sin pulso
y el semblante descompuesto,
María, rota de pena,
pone en sus ojos un beso.
Con sus lágrimas lo limpia,
lo aprieta contra su pecho. 12

Mirad ese llanto maternal, que abraza la cruz de la emoción. Es el llanto de muchos dolores, de muchas madres, como la mía, que piensa en el hijo incesantemente. Pues azul es mi recuerdo, azul tu palio con bordados y plata. Virgen de los Dolores, con ese resplandor que domina el universo, te da cobijo, te abraza, te sana con sólo mirarte, Reina de ahora y siempre, Evangelio, credo oscense, le abres los brazos al mundo, que viene mirando a lo alto, ¡buscando al Hijo entre las estrellas de su palio!

Emprende ya la palabra, a predicar el Dolor de una madre, que tiene por siete puñales, siete rosas funerales. Y Huéscar lo sabe y se lo quiere corresponder coronándola como reina de la Sagra, porque en ella encontramos consuelo ante nuestros habituales sinsabores.

Nuestra Señora, aquella que fue retratada en una añeja estampa, que el oscense suele llevar en su corazón mariano, como el que lleva la foto de una madre, tan encantadora, cual delirio de un linaje. Y de ello dan fe los vecinos de San Vicente de Paul, Oliva, Morote, del barrio de la Paz y tantas casas presididas por la bella estampa de la Soledad.

Una madre soberana que en aquella Colegiata fue coronada por la devoción de su pueblo, que os ha dorado la sien, con corona de partícipes súplicas, os exalta a ese balcón celeste, que es su paso de palio, con plata y fe, donde permanece decidida en acción de gracias a Dios Padre por el consuelo y una oración recogida.

¡Virgen de la Soledad, la que habita en la paz de nuestros corazones, la que anda con paso de nieve y manto de flor, la que cada sábado lleva las almas a Dios, la de las manos juntas y el alma abierta de dolor, la que se asoma a su azulejo para decirnos adiós, la que cierra este Viernes Santo de tradición, pues es sublime lucero de la pasión!

Madre de la Soledad que cada Viernes Santo vas a tu Mayor parroquia a habitar, para recibir el pésame de tu pueblo que conmocionado está, no llores triste y callada, lucero de nuestra pasión, que tus hijos te llevan el consuelo, en forma de oración, para enjuagar tus lágrimas y remediar nuestro error. Vestidos de puro y blanco capillo, morada capa de lirios y túnica azabache por la muerte de nuestro Señor.

Poder sorprendente, anuncio de la gloria, todo por verte ese Viernes y Sábado de exaltación, afinan la madera de tus siete trabajaderas, para que permanezcáis muy asidos al palo que permite que no os malogréis. (Como si en un barco, hubiera un mástil al que la gente se agarra para, en una gran tempestad, donde las olas rompen fuerte e inundan la cubierta, no ser engullidos por el mar). Ese mástil es la Eucaristía. Al otro lado está María. Asíos con cada mano a uno de ellos. Nada ni nadie podrá soltaros, pase lo que pase.

Madre de la Soledad, eres corazón de un barrio, huertos de vecindades, consuelo en flor, alegría en el pañuelo, ¡una estrella de tal perfección!, de la mejor madera naciera, ¡tengamos en el recuerdo al Lozano escultor de esta Gracia de Dios!

Consuélanos la tristeza en este Sábado de soledades, de esperanzas puestas en la luz de la Vigilia. Un cortejo distinguido y populoso te escolta hasta tu apacible ermita...en la placeta de los sueños. Revirada lenta y elegante, en el epicentro de la fe de todo un pueblo, sones de mi amargura envuelven el aire...cuando Alapont lo indica, costaleros veteranos lidian esa entrada, promesas y ensayos de cuaresma recompensada, silencio roto...por la voz rota de Javi que al martillo llama, responden treinta cinco corazones de costal y faja, en esta última levantá ¡todo el pueblo salta!, para mitigar tu dolor Madre, ¡reina de la Soledad Coronada!

En el interior aplausos y ¡el himno de Pulido clama!, la devoción de generaciones de oscenses que al unísono cantan ¡desde el cielo y la tierra, hasta tu bendita mirada!

Dios fue punto de partida y Dios es nuestro destino. Sabemos bien que una tradición supone la transmisión del fuego, no la admiración de las cenizas. Ese fuego irradia luz de vida, Vigilia Pascual, el renacer del cuerpo llagado, ¡aleluya, aleluya! ¡Cristo ha resucitado! “Yo soy la luz del mundo”, exclamó el Señor.

Mañana de primavera,
Pascua de Resurrección.
Sobre los cielos azules
despliega su gloria el sol.
Canta la fuente en la plaza
su cristalina canción.
En el pecho enamorado
salta y brinca el corazón. 13

Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto, indicaba San Pablo. Así el Domingo de Resurrección sale Cristo mismo a nuestras calles..., Dios hecho pan de salvación.

¡Reinado eucarístico!

Lo vemos Sacramentado sobre un templete de plata, ¡torrecilla oscense la llaman! Con su Resurrección, adquiere sentido todo aquello en lo que creemos, para que podamos sobrellevar los pellizcos del corazón. Dios ha cumplido su palabra. La cumplió en su Hijo y la cumplirá en nosotros.

¡¡CRISTO VIVE!!

Ahora vemos nítidamente donde estás, esa salida que hemos buscado, es hacia dentro del alma, ahora te veremos cara a cara. Oscenses, brillamos con esa misma luz en esta sociedad para que todos seamos partícipes de la misma alegría, que es la única verdad, la vida y el camino para nuestro amparo. Ahora conocemos cómo Dios nos conoce a nosotros.

Con las puertezuelas de la admiración bien pulidas para transmitir con oscense intensidad la Evangelización..., según lo vivido por nuestras Santas Patronas, en los albores de una emoción remota que el encanto de la fe nos permite revivir cada año. Que no se desvirtúe nunca este testimonio de fe, pues la mediocridad, posiblemente consista en estar delante de la grandeza y no darse cuenta. Así...

Las campanas de Huéscar
tocan a gloria
anunciando que llegan
nuestras Patronas.
Son sus tañidos
una mezcla de coplas
y de suspiros.
No añoréis el refugio
de vuestra ermita,

porque el pueblo de Huéscar os necesita. 14

Qué poco queda para acabar mi sueño, con el dulce despertar de Cristo y la venida de sus mártires patronas, pues...

Han dejado sin pena
su ermita de la Sagra,
golondrinas que anuncian
los tiempos de bonanza. 15

Con mi afecto humano, este combate versado, de intensos silencios y disertaciones, como agua de la fuente, debe cesar para no asediar al asistente. Huéscar, ahora tengo que marchar, para seguir al resucitado como Alodía dichosa y Nunilón venerada.

Este desvelo por tus oscenses costumbres que en mí el linaje ha sembrado germine como renuevo de olivo y aun al llegar a añoso seguiré tus enseñanzas.

Si hubiera que elegir un sendero para alojar mi corazón me quedaría con Huéscar, sus calles y sus gentes...Si me quitaran la palabra, gritaría como la valiente Sor San José.

Si de mi voluntad este pregón se acabara, agradecido siempre quedaré, pues yo me rendiría ante ti, oscense de bien...y, como Benedicto, exclamaría por última vez:

¡Deus Cáritas Est!

He dicho.

Francisco Javier Marín Gallego

Bibliografía:

1. Pulido Castillo, Gonzalo. *Huéscar, rosa del sur*.
2. Guerrero de la Plaza, Juan María. *Villancicos del Corpus: Himno al Santísimo*.
3. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Martes Santo*.
4. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Viernes Santo*.
5. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Jueves Santo*.
6. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Jueves Santo*.
7. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Viernes Santo*.
8. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Viernes Santo*.
9. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Viernes Santo*.
10. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Viernes Santo*.
11. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Viernes Santo*.
12. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Viernes Santo*.
13. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Domingo de Resurrección*.
14. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Epílogo*.
15. Pulido Castillo, Gonzalo. *Retablo poético de la Semana Santa Oscense: Epílogo*.